

# La credibilidad, en tela de juicio

**MADRID** (Carlos Dávila). No ha habido ninguna sorpresa. Una hora escasa de discurso del presidente ha servido, exactamente, para suscitar los entusiasmos fervorosos de los incondicionales, cosa que, naturalmente, se esperaba; templar, aún más si cabe, los ánimos críticos de los tibios y, en definitiva, para confirmar a los opositores en la idea preconcebida que ya llevaban al hemicycle, y que puede resumirse, de forma gráfica, en la frase de un diputado socialista: «Todo está medianamente bien, pero no me creo que Suárez lo cumpla.»

Porque la batalla que tiene que ganar el presidente es la de la credibilidad, y ésta apenas puede dilucidarse en el jugueteo dialéctico de una pieza oratoria por simple y eficaz, que no brillante, que ésta parezca. La credibilidad era, precisamente, la palabra que con más frecuencia se oía ayer en los pasillos de un Congreso atiborrado de diputados, senadores, clase política en general, periodistas en aluvión y un sinfín de curiosos que nunca faltan en estas lidias parlamentarias.

## ANÁLISIS ECONOMICO

A las cinco menos cinco, el presidente, flanqueado por el ministro de Justicia, Fernández Ordóñez, llegaba al Congreso. Una hora después subía al estrado. Hizo una mínima exposición de intenciones y comenzó por extenderse en el análisis de la crisis económica para la que aplicó una triple terapéutica: austeridad, laboriosidad y eficacia. Luego, al final de su discurso, le pregunté cómo podría «vender» a un país, apretado en sus presupuestos, la necesidad imperiosa de apretarse aún más los cinturones. Me respondió: «No cabe más remedio. Mi discurso puede gustar más o menos, suscitar críticas de una u otra índole, pero, afirmo —todos los expertos que he consultado coinciden en este diagnóstico—, que no existe otra receta que la que he tratado de aclarar: ahorro, moderación, inversión pública y privada, política de protección al empleo y moderación salarial. Si somos capaces de convencernos de esto, la crisis podrá ser superada.»

Las mismas palabras utilizó Suárez en su exposición, que pareció a los socialistas, según opinión rápida y sospechosamente extendida, una «mera nominación de aspiraciones, sin concreción alguna». El tono del presidente fue en todo momento, monocorde y retóricamente insulso. En su haber, puede apuntarse la utilización de un lenguaje ajeno al floreo en el vocabulario y controlado en el gesto, lenguaje que, al parecer de muchos observadores, se ha aproximado en su formulación económica, por primera vez, al propio del hombre de la calle. No era fácil, desde luego, hacer repaso pormenorizado, y en apenas treinta minutos, de todas las claves que configuran la crisis económica, y resumir después, en once puntos, el programa gubernamental para solventar los principales problemas. Quizá la economía de datos, criticada por la oposición, fue escogida conscientemente por-

## Suárez pide el voto de confianza

Los catalanes, a favor, no aplaudieron

# Silenciosa y cauta reaparición de los vascos

(Viene de la pág. 1)

que, como luego me diría el presidente: «Este discurso no sólo está destinado a la clase política, sino al país, al que, por otra parte, me dirigiré la semana que viene por medio de una rueda de Prensa.»

## LOS VASCOS, MUDOS

Durante los largos minutos que duró la exposición presidencial, apenas se produjeron reacciones evidentes en la Cámara. Sólo cuando Suárez hizo mención expresa y laudatoria de Fernando Abril, los ojos de algunos centristas se dirigieron hacia los escaños altos del hemiciclo; arriba, junto a una columna, el otrora todopoderoso vicepresidente escuchaba discretamente, recostado en la barandilla. En otra ocasión, y cuando Suárez se refirió a la reducción de los gastos de Defensa, un latigazo sacudió súbitamente el rostro del ministro Rodríguez Sahagún, que se inclinó hacia su casi vecino Calvo-Sotelo. El nuevo responsable económico acusó la mirada y apenas le contestó con un sugerente arqueado de cejas. A su lado, el teniente general Gutiérrez Mellado, permaneció impávido.

De la misma forma que el mensaje presidencial en sus aspectos económicos tenía como destinatario el país en general, la oferta autonómica parecía dirigida explícitamente a sus auditores vascos, catalanes, andaluces y gallegos. Los vascos llegaron juntos al Congreso. El primero, Marcos Vizcaya: «No vengo de reunirme con nadie; vengo de un hotel, donde se come bien, pero caro.» A su lado, los demás parlamentarios del PNV, algunos nuevos en Madrid, guardaban silencio sepulcral. Marcos Vizcaya negó cualquier negociación con UCD al margen de la Comisión de transferencias, «que no se reúne desde el viernes». No parece, sin embargo, que el diputado vasco haya ofrecido información real y suficiente. Lo cierto es, mis informaciones a este respecto son coincidentes, es que en los últimos días han menudeado los encuentros y que, si no negociaciones en toda regla, sí ha habido conversaciones importantes, con un tira y afloja en las posiciones de principio. El PNV quiere, sobre todo, llenar

de contenido a su Gobierno y no creo que ni el presidente, ni la Administración Central, ni siquiera el propio partido gubernamental, recurran al subterfugio para tacañear servicios. En la «cumbre» de la negociación, Martín Villa intenta el acuerdo y es posible que, en días sucesivos, exista ya un primer punto de consenso. O un segundo, mejor dicho, porque el primero se basará quizá en la contundente y taxativa declaración del presidente: «El Gobierno impulsará sin reservas la aplicación de los Estatutos de autonomía.» Tal manifestación está dirigida, sin duda, a los recelosos políticos nacionalistas, y más directamente aún, a Xabier Arzallus, especialmente escéptico en cuanto a la voluntad gubernamental en este punto.

No ha sido posible, sin embargo, compulsar la opinión de los vascos, que llegaron juntos y se marcharon a grandes zancadas, casi corriendo, sin que nadie pudiera intercambiar con ellos una sola palabra. En un hotel cercano, el senador Ollora, reunido con al menos cuatro «ministros» vascos, me aseguraba: «No hay nada decidido. Tenemos que pensar nuestra posición. Todo lo que ha dicho Suárez, por otra parte, hay que cumplirlo. Ahora, nosotros llamaremos al "mítico" EBB (Euzkadi Buru Batzar) y ya veremos lo que pasa.» ¿Qué es, realmente, lo que puede pasar con los votos de PNV? Cualquier pronóstico sería aventurado. Cabe no obstante formularse dos preguntas, que suponen otras tantas pistas para comprender mejor la disyuntiva compleja en que se enuncian los «regresados»: ¿Cómo pueden contestar negativamente a un programa moderado que es, en síntesis, muy similar al que el PNV ofreció a sus electores en el pasado abril?, y ¿cómo, por otra parte, podrían los parlamentarios afrontar la impopularidad que les acarrearía en sus provincias un voto afirmativo a la confianza presidencial?

## ROCA: UN DISCURSO IMPECABLE

Muy distinta ha sido la presencia de la Minoría Catalana en este Pleno, Minoría de nueve disciplinados parlamentarios que agacharon tímidamente sus cabezas y no brindaron un solo aplauso a Suárez cuando terminó su discurso. A la salida del hemiciclo, uno de ellos, me dijo: «No aplaudimos porque esto no es un circo. Pero queda claro que este programa es casi el que no nosotros queríamos y por eso lo vamos a votar y que la oferta autonomía, que por primera vez se plantea con tanta nitidez, responde exactamente al Estatuto que ya tenemos.»

En el pasillo central, casi ostentadamente, Suárez se dirigió al portavoz Roca Junyent y ambos se abrazaron cumplida, diplomáticamente, mínimamente. Los dos sabían que los periodistas estaban pendientes de sus palabras y los dos se intercambiaron las justas. Pensadas, creo, y sentidas, las de Roca: «Ha sido, presidente, un discurso impecable.» Los nuevos aliados, juntos, y por ahora solitarios.

Los andaluces, a los del PSA me refiero, continuaron en su ambigüedad. No discuten la generosidad «oratoria» del presidente, pero esperan mayores gracias. Los gallegos de UCD estaban contentos: «La próxima semana puede haber noticias agradables para todos y el Estatuto saldrá adelante.» Los tránsfugas del Grupo Mixto (Clavero y el malagueño García Pérez) mantienen su postura de siem-

pre: o abstención o voto en contra. Los irreductibles, bien que por causas políticas muy distintas, oyeron, pero no escucharon; Suárez no tenía la menor oportunidad de convencerles. Desde el ábertzale Bándrés («No, no y no!» al extravagante Sagaseta y al ultraderechista Piñar (sólo en su ortodoxia indiscutida), ninguno dará el menor apoyo a la declaración presidencial.

Los socialistas, que tenían ayer una «oración tremendista», criticaron sobre todo la, según ellos, falta de concreción del programa. Felipe González, portavoz insistente del Grupo, afirmaba, además, que el presidente «no había ofrecido ni un solo dato» y «que en estas condiciones es muy difícil saber cuál es la verdadera intención de la política económica». El PSOE, que votarán no, parece obvio decirlo, se había reunido por la mañana para culminar su estrategia cara al debate. Felipe intervendrá en primer lugar y luego repartirá juego entre sus peones de confianza, los mismo (Guerra, Peces Barba, Barón, Solchaga...) que han confeccionado la respuesta al Gobierno, un texto de cincuenta minutos, que parece moderado y nada ambiguo.

## SUAREZ, SEGURO

Apenas finalizada la sesión, los nueve miembros de Coalición Democrática se encerraron para dilucidar el sentido de su voto. Quizá las opiniones no fueron siempre convergentes y aunque al final, por mayoría, se decidió dar un contundente «no» al programa gubernamental, en la coalición se oyeron opiniones dispares. Esta, al menos, es lo que pudo recogerse en los pasillos del Congreso.

Me queda por relatar en breve espacio la impresión que ha producido en los círculos periodísticos un Suárez relajado y radiante, un Suárez que dijo estar dispuesto a saltar a la arena «cuantas veces haga falta», que cree «que este programa es el mejor que se le puede proponer al país», que quiere rectificar pasados errores «porque los he cometido, sí; pero no siempre se puede hacer la misma política» y que quiso, conscientemente, ofrecer una sensación de total seguridad: «Aquí no hay más cera que la que arde: vamos a consolidar la democracia.» Es, en resumen, un Suárez plétórico, al que, sin embargo, un diputado de su partido comparó, por moderado, con la señora Thatcher. Por eso su reto es convencer. A todos. A unos y a otros; no tiene otra salida.